

cocimiento de ruda y hierba virge en aceite, y con tal aceite le amos de curar después la descueradura del cuero.

Resolvióse el Abad á practicar la rústica receta, cuya eficacia no ignoran los cazadores, y fustigó piadosa y reciamente las carnes del franciscano con las bravías ortigas que levantaban miles de ampollas. Le puso las carnes del color de los pimientos rojos maduros en la solana; y mano de santo fué la ortigada, violento revulsivo, que devolvió á fray Diego la razón y acaso la existencia. Cambió el curso de su sangre, helada por el horror; cesó la fiebre, y al abrir los párpados después de un sueño de los que reparan las fuerzas y crían nueva vida, al pronto le costó trabajo recordar la causa de su trastorno. Acudió la memoria al fin, é incorporándose en la cama, gritó:

—¡Landoira! ¡Landoira! Abad, pronto, dígame, ¿qué ha sucedido en el Pazo?

—¡Si ha sucedido—contestó el Párroco evasivamente—, no es para pensar en ello ahora...! Duerma y sane...

—Dígamelo, no recele. Estoy muy bien, Dios sea loado. Me siento ya fuerte; mañana espero poder levantarme. Le mando que me cuente cuanto sepa.

—Pues oiga su paternidad... ¡Más valiera dejarlo hasta que se levante y tome un buen caldo de gallina!

—No, no; sáqueme de esta angustia...

—Pues... al otro día de caer su paternidad enfermo, se corrió por la aldea que á la una de

la madrugada había fallecido el Sr. Conde de Landoira...

—¡Jesús mil veces!—exclamó el franciscano—. ¡Señor, tú que ves la iniquidad! ¡De súbito! ¡Sin confesión! ¿A la una de la madrugada?—repitió, confirmando con el detalle exacto la horrenda verdad.

—Eso decían... El ya hacía tiempo que andaba malucho... Le enterraron al otro día, á las nueve de la mañana, en el panteón de la capilla...

—¿Tan pronto? ¿No expusieron el cadáver, según es costumbre, para que los caseros y foreros de la casa, con lobsas de paño negro, le velasen y le rezasen?

—No tal...—y el cura bajó la voz—. Decían que estaba muy desfigurado... con manchas feas en la piel... La rapaza Carmela, que apaña hierba en casa del Conde, se lo contó á mi criada... ¡Hubo mucho que hablar de eso, por cierto, en la aldea! Dicen que la señora Condesa está como lela, y que no tiene entendimiento para cosa ninguna... y que, al otro día de morir el Conde, salió camino de Estela el italiano, con la litera...

—¿La litera? ¿La litera? ¿Para qué?—tartamudeó fray Diego, que temía comprender.

—Para traer á doña Columba... á la hija de los Condes. Ya está aquí desde hace días.

Arrojando con violencia las mantas y las sábanas que le cubrían, saltó al suelo el fraile, y sin oír objeciones ni consejos, gritó:

—¡Mi hábito! ¡Mis sandalias!... ¡Ni un ins-

tante de demora!... ¡He de verla, he de ver á doña Columba ahora mismo!

## XII

Mientras fray Diego se disponía á lanzarse en busca de la hija del Conde de Landoira, ésta, sentada en una piedra, al pie de la fuente antigua que en la aldea llamaban de los Angeles, —por el asunto del gastado relieve románico que la adorna, una orquesta de ángeles tañendo arpas y violas—, oía atenta las palabras de Rolando, de pie ante ella, y respondía lenta y profundamente, como si el compás rítmico y musical de las gotas de agua que fluían del caño esmaltado de roja herrumbre, diese el tono á la canturía de su hablar. El caballero y ella vestían de luto, y el negro intenso del damasco de seda de las faldas de la niña realzaba el nácar amortiguado de sus delicadas mejillas, que semejaban alumbradas desde adentro por una lámpara de iglesia, y el rubio luminoso de su cabellera sideral.

—Puedes quererme sin temor, azucena mía— murmuraba Rolando, envolviéndola en el efluviio de sus ojos sobrenaturales—. Yo también sé preferir la pureza á los demás dones; yo también ansío que la azucena florezca en mi jardín.

Yo lo deseo más que nadie; es mi ensueño, por mi desgracia nunca realizado. Que un alma sea completamente mía, mía como es mía la mía propia, todavía con mayor dominio si cabe; y que esa alma sea la más escogida, la más alta, la más infinitamente inmaculada, como la tuya... ¡A eso aspiro! Y por eso, Columba, entrégate á mí sin miedo, sin que tus mejillas se enrojezcan. ¿Has hecho voto eterno de castidad, dices? ¡Mejor! Blanca eres, blanca serás, mientras me ames... Porque es amor lo que sientes ahora, y era amor lo que sentías en la Santa Enseñanza, cuando desde el coro trocabas conmigo largas miradas en que me enviabas el azul del cielo... ¡El cielo!...—Y Rolando suspiro hondamente.

—No sé lo que era entonces, ni sé lo que es ahora, lo que siento, Justino... De amor hablan los libros que he leído y los salmos que he rezado; pero yo no entiendo qué cosa es el amor. Si el amor es mancharse, reniego de él. Si el amor es compasión, amor te tengo; porque al ver en el altar una cara tan semejante á la tuya, y que tiene como la tuya una expresión de dolor sin consuelo, la piedad me derretía las entrañas. Cuando no estabas tú, me embelesaba en contemplar tu efigie, y al contemplarla me iba naciendo dentro el afán de estar yo no menos triste que tú, y por las mismas penas. Quiero para mí tu dolor y tu castigo. Al pronto, tu presencia me oprimía; cuando te conocí sentí curiosidad y... miedo. Ahora conozo que soy tu súbdita, tu hermana, tu esposa.

—Era el mismo presentimiento de que yo sería tu dueño absoluto lo que te angustiaba... Sí, eso era, Columba: me perteneces ya en muerte y en vida.

—Te pertenezco...—repitió Columba pensativa, dejando caer las manos, que sostenían un ramo de madreselva, sobre el faldellín de seda negra arrugado en hondos y elegantes pliegues—. Estoy pronta á lo que ordenes para demostrártelo... A todo... menos á...

—¡Vive segura, paloma!... Mi destino en muerte y en vida será el tuyo, y tu pureza me es sagrada y admirable. Ella es lo que me atrae en ti. Si te mancharas, perdería mi única ilusión, mi único bien. Despreciemos y repugnemos los dos lo que tú repugnas.

—No sé contestarte. Estoy sujeta á ti por una fuerza que no comprendo. He oído en el convento hablar de monjas tentadas por el demonio de la impureza, que turbaba su sueño con asquerosas representaciones, y me parecía increíble que tan sucio dogal pudiera atar á un espíritu... ¡Cómo las despreciaba, Rolando! ¿Ves cómo tenía razón?

—La tenías de sobra. ¡Azucena, á mí serás consagrada... por siempre y más allá de este mundo!

Y Rolando, aproximándose, sopló suavemente sobre los ojos y los cabellos de la niña—la fascinación del hálito—y á paso lento se alejó, volviéndose para mirarla.

Fray Diego encontró á Columba en la misma postura: una actitud de extática; ambas manos

sobre el corazón y los ojos perdidos en algo lejano, muy hermoso ó muy terrible. A las primeras palabras, á la proposición de apresurar la boda con el Marqués de Armariz, la doncella se levantó serena, muda, desdeñosa. Insistió el franciscano, y la hija del Conde acabó por responder.

—He hecho voto—murmuró con tenaz dulzura—de perpetua virginidad.

—¡Sin consultarme á mí, á tu confesor! Hija mía—repitió casi con lágrimas el fraile—, ese voto no es válido. Obedéceme; vente á Estela ahora mismo, en mi compañía, y mañana te desposarás con el novio que tus padres te habían destinado. Vengo á salvarte.

—¿De qué?—murmuró desdeñosamente la niña—. No puedo casarme. Vivo sin vivir en mí. Mi voluntad no es mía: la he enajenado.

El Inquisidor retrocedió un momento, y haciendo la señal de la cruz, exclamó:

—¡Pertenece al Malo! ¡Estás poseída!

Y la azucena de pistilos de oro, clavando en fray Diego sus pupilas claras, del color del río cuando está limpio el firmamento y derrama en el agua su divino matiz, contestó:

—¿Al Malo? ¿Por qué? Mi cuerpo es un vaso de cristal donde no hay empañadura.

—¡Qué importa!—tronó el fraile—. Por dentro, tu alma es ya negra como el pecado mismo... ¡Acepta el esposo que te ofrezco; es tu única salvación, Columba, hija mía!

—¡Un hombre! ¡Bodas!...

Y haciendo un gesto de inmensa repugnancia,

sacudió su ropaje de seda, sacudió el polvo del borde de su falda y se alejó por donde había desaparecido Rolando, destacándose su figura, grácil hasta lo inmaterial, sobre el fondo verdoso y luminoso del poniente, donde se erguían, como negros obeliscos, los viejos cipreses del cementerio de la aldea.

## XIII

El franciscano cabalgó en su mula, sin querer esperar al otro día. Débil y fatigado por la enfermedad, su ansia de salvar de grado ó por fuerza á Columba le prestaba ánimos. Llegó á Estela rendido, extenuado; pero sin perder momento púsose al habla con el Maestrescuela. Encerrados y juntos estuvieron cerca de dos horas ambos inquisidores. La misma tarde salió nuevamente fray Diego hacia Landoira; pero esta vez no iba solo: llevaba de escolta, caballeros en matalones, no una hueste de alguaciles y corchetes, que hubiesen escandalizado y revuelto de antemano á la ciudad y después á la aldea, sino á tres hombres seguros, callados, ya viejos, avezados á realizar las prisiones y justicias que antaño ejecutaba el Tribunal de la Fe.

Alojóse la corta hueste en la casa del Abad,

el cual informó á fray Diego de que la osadía y desvergüenza de los brujos y hechiceros del contorno ya no conocía freno ni valla, hasta el extremo de tener espantadas á las gentes sencillas del país.

—He tenido delación—añadió el Párroco—de que se juntan en conciliábulo semanal, para ritos nefandos, en la fuente llamada de los Angeles, y allí cometen toda especie de sacrilegios y profanaciones. Bueno sería hacer un escarmiento, toda vez que no pueden sospechar ellos que está aquí la Santa Inquisición.

—¿Se reunirán esta noche?—interrogó meditando el franciscano.

—Con seguridad, porque es plenilunio, noche de San Juan, y le atribuyen en esta comarca mágico influjo. Creen que la fuente está encantada, y que el diablo acude á ella para recibir un culto muy propio de tal señor.

Recordó fray Diego que la fuente era la misma en que había visto á Columba, y sin saber por qué asoció la idea de la captura que iba á realizar con la de los sacrilegos ritos y abominaciones que acababan de delatarle. ¿Quién sabe si Rolando acudiría al conciliábulo maldito, y si allí sería más fácil echarle mano? De todas suertes, convenía enterarse.—Ordenó que se emboscase su tropa al amparo del cementerio, no lejos de la fuente, conviniendo una señal para llamar apenas fuese precisa ayuda. Fray Diego y el párroco, vestidos con ropa seglar, se ocultarían detrás del ruinoso paredón que sostenía la fuente, entre los sauzales y ma-

tas tupidas, á fin de sorprender los ritos negros, si es que realmente iban á celebrarse.

Cayó la noche después de larguísimo crepúsculo; noche deliciosa, nupcial, saturada de fragancias agrestes de madre selvas y hierbas aromáticas. La luz lunar plateaba los agros y se adormía en los alindes del ancho espejo del río, allí donde se hacía más recatada y densa la sombra de los altos peñascos. A lo lejos, en las laderas de las montañuelas, oíanse los cantos prolongados de los labriegos, los gritos de júbilo y reto, los aturutos al saltar las hogueras de San Juan; pero según fué avanzando la velada, los ruidos se extinguieron, y la poesía novelesca del paisaje se acentuó con el silencio y la quietud. La fuente de los Angeles derramaba su hilito plañidero gota á gota, en el pilón de piedra enverdecido de musgo. La plazoleta estaba desierta todavía.

A poco, una sombra grotesca avanzó penosamente: era una vieja apoyada en dos muletas. A la primer hechicera coja siguió una jorobada, otra tripona, otra que era un puro esqueleto. Hombres de catadura igualmente risible las escoltaban: un patizambo, un jayán tuerto y fornido, uno sin piernas, que lagarteaba sobre las manos. La luna exageraba en caricaturas de pesadilla las sombras de aquellos seres, confusos y deformes como larvas. Algunos portaban pesados haces de leña; los unieron, los apilaron, y pegándoles fuego, pronto la hoguera sanjuanera crepitó. Entonces se vió una cosa ridícula y espantable: los vestiglos se desnudaron á pri-

sa de sus andrajos, y cogiéndose de las manos, parodiaron, en ronda empecatada y bufonesca, el ancestral baile aldeano, que termina con el salto de la fogarada. Cantaban injurias al Bautista y letanias al revés, invocando al Maldito. En vez de *ora pro nobis*, repetían los labios blasfemos, entre carcajadas, «Peca *pro nobis*...» Y la parodia del pecado, más repugnante que el pecado mismo, hacía de la rueda endemoniada un cuadro del Bosco, una comedia satánica, juego de bufones sardescos que quieren distraer el aburrimiento del diablo.

De pronto, se paró la rueda.—Avanzaban hacia el centro de la plazoleta dos figuras vestidas de negro. Desde su escondite, fra y Diego se conmovió hasta la última fibra... Eran Rolando y Columba dándose la mano, hermosos los dos, á la luz de la luna que enverdecía sus semblantes y de la llama que los enrojecía. Las melenas de Rolando, foscas y flotantes á lo Carlos II, eran de un tono de ala de cuervo; las de Columba, á la llamarada de la hoguera, una rutilación de oro, el inmenso nimbo esplendente y afligranado de una efigie. Los brujos se postraron, adorando; sentóse el italiano en la piedra, y la hueste de sortilegos vino á besarle el pie.

—¿Habéis hecho todo el mal posible?—preguntó él, ceñudo.

—Sí, sí—exclamaron todas las voces.

—¿Habéis secado á la vaca, chupado al niño, consumido con hierbas de ponzoña el corazón del hombre?

—¡Sí, sí, Príncipe!

—¿Habéis quemado la casa, inficionado el agua, arrasado la cosecha, avivado con filtros el ardor de los siete pecados capitales?

—¡Sí, sí, ilustre señor!

—Entonces sois dignos de ver á vuestra reina. Miradla qué hermosa; no os acerquéis, es inmaculada como la nieve. Desde lejos os será permitido admirar su milagrosa belleza y asistir á su consagración. Columba, ha llegado el momento—añadió el brujo sin gestos, con la sencillez del que puede mandar.

Fray Diego sentía sus venas heladas; el mismo entorpecimiento inexplicable que le había acometido al presenciar cómo embrujaban al Conde, le sujetaba ahora; quizás no era sino la curiosidad de lo desconocido, del *más allá* infernal, negro, espantoso...

Columba avanzó sumisa, como magnetizada. Rolando, con la varita de avellano que empuñaba, situándose hacia Oriente, trazó rápidamente el pantaclo, y después el círculo mágico, en el suelo argentado de luna. Sus labios borbotaban las palabras de la evocación, *super flumina chobar...*, mientras diseñaba en los diámetros del pantaclo la cruz y los signos de la kábala. Terminada la operación, hizo una señal á Columba, y ésta se adelantó sin miedo, colocándose en el centro del pantaclo. Rolando recitaba las palabras del pacto en bastardo latín y la joven las repetía exactamente con su voz angelical; ironía horrible, oír salir tales vocablos de tal boca! *Et tibi polliceor quod faciam quotquot malum potero, et atrahere ad mala per omnes...* Brujos y brujas

rugieron de alegría al oír la promesa confirmada al final por los invocados nombres de Leviatán, Astarot, Belcebú... Los ojos fascinados de aquella mísera grey creyeron entonces percibir que surgía la sombra gigantesca del macho de cabrío, erguido sobre la piedra en que Rolando se había sentado antes. La luz de la hoguera encendía su pelaje, y el monstruo barbudo y sardónico parecía hecho de cobre á martillo. A otra señal del caballero, Columba, automáticamente, empezó á despojarse de sus ricas vestiduras de luto. Fué todo como un relámpago: á la claridad del satélite, y al resplandor moribundo de la llama, el cuerpo de la niña apareció como estatuilla de nácar blanco con vislumbres rosa; sobre su desnudez no quedaban sino en espalda y pecho dos rectángulos rebrilladores: el escapulario de las monjas, el escapulario de San Miguel Arcángel, Príncipe de las milicias celestes, bordado de talco y lentejuelas chispeantes.— Rolando extendió la mano y arrancó el escapulario; al hacerlo, rozó uno de sus dedos la piel de seda de Columba, y una ampolla se alzó, roja como brasa. Nueva orden prosternó un instante á la hija de los Condes de Landoira ante la piedra, donde los brujos creían ver, en la hedionda figura que reviste para presidir el sábado, al propio Belcebú... Y cuando la bruja joven se irguió—ya consagrada—, permaneció de pie un instante, vaciló, y cayó en tierra, rígida, inerte.

El Inquisidor y el Abad habían asistido á los ritos embargados de espanto y también de

aquel sentimiento complejo, la punzante curiosidad, la que impulsa á rasgar velos y presenciar, entre crispaciones, espectáculos malsanos y crueles. La fascinación, nudo de la impía maraña, les sometió también á su encanto letal, como si el unguento frío de las brujas les hubiese tullido los miembros. Para recobrase, necesitó el franciscano ver á Columba tendida cuan larga era, blanca bajo la claridad del plenilunio...

Aplicando á los labios fray Diego el pito de plata que llevaba colgado del cuello, silbó para llamar á sus hombres, y éstos salieron rápidos del matorral donde se ocultaban, armados de espadines y estoques, las cuerdas arrolladas al brazo. «Prendan á todos... menos...» Fray Diego no se atrevía á pronunciar el nombre de doña Columba—y, veloz, recogió las vestiduras de negra seda crujiente y con ellas cubrió, volviendo el rostro, la escultura luenga y fina como las que se adivinan al través de los ropajes simétricos de las santas en el sublime pórtico de la *Gloria*...—Mientras los corchetes se apoderaban de Rolando y de un par de brujos—en dispersión los restantes como asquerosos animalejos nocturnos que se agazapan en sus guaridas—el inquisidor repetía, recobrado ya el uso de la palabra y usando la fórmula dialectal:

—¡San Silvestre! ¡Santa Comba! ¡*Meigas fóra!*

## XIV

Rolando, maniatado, envuelto en una capa, fué conducido reservadamente á los calabozos secretos de la Inquisición de Estela. Se encargó el sigilo más absoluto á los tres esbirros, que asumían las funciones de dar tormento y aun de ejecutar, si este último improbable caso llegase.

La hija de los Condes de Landoira quedaba con su madre en el Pazo; fray Diego no quiso ni aplicarla los exorcismos que en aquel momento se aplicaban al desgraciado Monarca español. Anhelaba el fraile, ante todo, sofocar el escándalo, apagar las hablillas; después se pensaría en el remedio de lo demás, en desembrujar á la infeliz posesa.

Fué encerrado Rolando en la mazmorra más obscura, y allí, en completa incomunicación, se le dejó algún tiempo, el necesario para que se reuniese el Tribunal y deliberase lo que convenía hacer. Consultóse á Madrid; vinieron órdenes de conferir el asunto á fray Diego y á Resende, actuando el primero de fiscal, y, sin pensar en moniciones, abreviando el procedimiento, se acordó aplicar al reo la tortura para arrancarle una completa confesión que justificase el castigo más severo. Tres meses después de la noche de San Juan, trajeron al caballero

á la cámara de la tortura, no muy angosta, baja de techo y abovedada, que recibía luz de estrecho ventanillo con reja. Para mayor reserva, el Maestrescuela actuaría y recogería las declaraciones del reo. Los tres hombres que habían capturado á Rolando servirían de verdugo y ayudantes. Se prescindió del médico de la cárcel: había facultades para eso y más.

Trajeron al italiano extenuado por el cautiverio, ajados los ricos terciopelos y los encajes de su vestidura, y enmarañada la sombría y sedosa melena felipeña. Sus facciones, acentuadas por el enflaquecimiento, expresaban desdén, ironía y reto orgulloso. En muchos condenados al ansia se vieron rostros así antes de probar el suplicio; el Maestrescuela se lo hizo notar á fray Diego, el cual—antes de que entrase Rolando—parecía el reo verdaderamente, según estaba de abatido y escalofriado, oprimido su corazón benigno por la atroz necesidad de aquella hora. Apenas hubo visto al brujo, sintió la conmoción de antipatía, se acordó de sus fechorías criminales y se resolvió á proceder.

Dos cadenas bajaban de las manos á los pies del caballero. Fueron abiertas las argollas, y el Maestrescuela, instalado ante su mesilla, con provisión de papel de barba y servicio de tintero de asta y plumas de ganso, requirió al reo á que confesase cuantos hechizos hubiese practicado antes y durante su estancia en Estela y en Landoira.

—No diré palabra—respondió él friamente.  
—Hagan de mí lo que quieran.

Despojáronle de sus ropas, dejándole sólo el paño femoral. El torso del reo estaba demacrado, pero era hermosísimo, de líneas helénicas, de singular perfección. Amarraron cuerdas á sus tobillos y muñecas, y le tendieron sobre el potro... El potro pude yo verlo aún en los sótanos—advirtió el narrador—. Era una tarima que alzaba del suelo algo menos de tres cuartas, y cuyas tablas, en vez de ser planas, tenían una arista aguda hacia arriba, donde había de recostarse el cuerpo del paciente. Las cuerdas de pies y manos fueron pasadas por cuatro anillas sujetas á la pared, y al extremo de las cuerdas se adaptó una especie de torniquete para hacer fuerza y atirantar mejor. Estiraron primero los pies, las manos luego—y Rolando quedó en cruz, hincándosele en las carnes los cortantes barrotes del potro. Su pecho anhelaba y jadeaba; revolvía la lengua seca en la boca, apretaba los dientes—; pero á la nueva intimación de confesar, sólo respondió con obstinado, altivo silencio.

Una por una, forzaron las cuerdas. Se oyó el estallido y crujido de los huesos al distenderse con violencia ligamentos y articulaciones. Repitióse la intimación, y el reo contestó con un movimiento negativo de la cabeza, que pendía hacia atrás, como si se le hubiese tronchado el cuello. La tercer vuelta—la última que la naturaleza humana puede resistir sin que sobrevenga la muerte—arrancó al reo un «¡no!» que parecía el aullido de una fiera. Las costillas se dibujaban en el pecho, aplanado, por decirlo



así; el vientre parecía vaciarse al prensar los intestinos la piel, prolongada por la tirantez de brazos y piernas; la carne amoratada hacía cojín sobre las sogas, ya salpicadas de sangre...

—No resistirá—balbució fray Diego, más blanco que el papel en que garrapateaba don Tomás—. Basta, basta... Ya se ve que no confiesa...

—¿Aún tendrá su paternidad compasión de este sacrilego? Si no confiesa en el potro, confesará por el agua. En el agua encontraremos la verdad; pero antes le daremos vino para que vuelva en sí.

## XV

Rolando, en efecto, sufría un síncope. Se le desató, tendiéndole sobre un jergón, y se le hizo beber un trago de añejo; el jarro estaba prevenido ya, para el desfallecer del reo y el cansancio de los verdugos. Al abrir los ojos, Rolando suspiró:

—¡Agua... agua!

—La tendrás abundante—advirtió el Maestrescuela—si no confiesas ahora mis o, y de grado, todos tus sortilegios y maleficios, y no te prestas á deshacer el de doña Columba de Apon-te y Mariño y el de su madre doña Juana Mariño, por tus artes diabólicas embrujadas y posesas.

No hubo respuesta. La resistencia de bronce del brujo continuaba. Dejaronle reposar una hora; los atormentadores salieron á tomar un bocado; don Tomás hizo lo mismo; fray Diego sólo bebió un poco de tisana. Después se preparó el nuevo suplicio. Sujeto el reo en cruz, con los mismos cordeles, sin estirar, sólo para inmovilizarle, se le tendió, no en el potro, sino en una estrecha tarima corriente. Hecho esto con suma celeridad, se colocó sobre su boca un paño y un embudo. Lentamente, goteando, dejaron caer el agua, descansando para que el torturado no se asfixiase, y el chorro fuese colocándose y repartiéndose en el interior del dolorido tronco, causando un sufrimiento más cruel, una agonía más intolerable que todos los martirios anteriores... Rolando había salido de su modorra. Al principio resistió con firmeza; sólo cuando hubo trasegado una azumbre empezó á gemir y á querer soltarse, rechazando el embudo con instintiva defensa. Se lo quitaron.

—¿Confiesas?

Los dedos, hinchados y sujetos por la argolla, dijeron que no.

—¿Libertas e' alma de doña Columba?—imploró fray Diego.

Otra negativa muda. Después, los ojos fosfóricos fulguraron, y de la garganta salió una arrogante protesta.

—Esa alma es mía. Mía para siempre.

—¡La segunda azumbre!—dispuso el Maestrescuela.—¡Y luego otra!

Al ir entrando el líquido, se vió una cosa es-

pantosa en el escuálido tronco: el estómago y el vientre empezaron á formar una colina; luego una redonda vejiga, que fué inflándose como buche de sapo hostigado. El atroz temblor del cuerpo hacía retemblar y crujir la tarima.

—Si él resiste, yo no, Resende—, intercedió fray Diego, más blanco que el papel—. ¡Desátenle, por amor de Jesucristo, y pidámosle á Él y á su gloriosa Madre que le inspire arrepentirse y confesar!

Desataron al reo, y cogiéndole por piernas y brazos, volvieron á tenderle en el colchón. El franciscano mandó alejarse á los verdugos, y se hincó de rodillas al lado de la víctima, instándole á decir la verdad. El caballero se volvió hacia el fraile.

—¿Quieres saberla?—contestó él en voz quebrantada, pero cuajada en desprecio—. Prepárate, fraile, y no te acerques; nos hemos detestado desde que nos conocimos. Ahora que no es el tormento el que me obliga, voy á hablar. Haced lo que queráis de mí; no podéis quitarme mi victoria.

—¿Cuáles fueron tus propósitos al embrujar á doña Columba de Landoira y á su madre?—interrogó el Inquisidor—. ¿Saciar tus torpes apetitos? ¿Apoderarte de la hacienda de esa familia, perdida por tí?

Los ojos, ya casi apagados como dos gotas enfriadas de la cera verde que gastaba la Inquisición, se encandilaron y fosforescieron de nuevo al replicar.

—¡Necios! Hay algo mejor que la posesión

del oro, mejor que la carne, mejor que los sentidos; hay un tesoro, que es el alma. La de doña Columba me pertenece, justamente porque no la he manchado con torpeza ninguna. Puedo deshacer las ceremonias con que la inicié de bruja; pero nadie impedirá que su espíritu sea mío, y mío por la eternidad. Este goce no lo comprendéis... ¡Sois unos miserables sandios, que no creéis sino en la materia! Con doña Juana, que es como vosotros, he usado drogas; su alma, si es que existe, os la regalo... A doña Columba no me la quitaréis jamás. No sabéis su precio. La guardo para mí. Cuantas palabras murmure la boca, y cuantos círculos trace al revés la varilla, no desharán lo que hizo el espíritu, señor de la carne y de la voluntad.

—¿Le damos á beber sin sed otros pocos tragos?—propuso, destellando furia, Resende.

—¡Será en balde!—suspiró fray Diego, que se reconocía vencido, y creía oír la voz del Malo, allá en el altar donde San Miguel vibra hacia él su lanza, repitiendo: «¡Hiéreme, acribíllame; no me vencerás...!»

Comprendió el brujo la derrota de los inquisidores, y aun quiso abrumarles más bajo el peso de la grandeza satánica y prolongar y complicar su triunfo, como ellos habían prolongado y complicado la tortura.

—¿Pensaréis que sólo he logrado á doña Columba...? ¿Que me ha bastado la familia de Landoira, el padre muerto, la madre mancillada, la hija posesa, infundido en ella mi sér y unida á mi destino...? ¿Pensaréis eso de mí? ¡Pues sabed

que cuando he llegado á esta ciudad oscura, ya dejaba cumplida una obra mayor, mayor! ¡Dejaba en su féretro á la Reina, y ligado y maleficiado al Rey!

De esta vez, los Inquisidores se alzaron aterrados, con el mismo grito en la garganta:

—¡Maldito!

—¡Maldito, *vade retro!*

—¡A la Reina nuestra Señora has osado!

—¡Al Rey nuestro Señor!

—¡A fuego lento! ¡A fuego de leña verde hay que quemarle!

—¡Mientes, maldito!—exclamó al fin fray Diego—¡No has hecho tal cosa!

—La hemos hecho de acuerdo Madona Olimpia, mi hermosa amante, y yo. Ella dispuso, yo ejecuté lo dispuesto. ¡No entendéis la delicia de hacer el mal! Preparé la pócima, recité el conjuro, realicé la evocación. La Reina tenía calor una tarde, en su regio aposento de Madrid, quería beber leche, y se la servían caliente y turbia. Madona Olimpia corrió á buscar leche exquisita, helada. En ella, mi mano vertió unas gotas de *acqua*, de esa agüita admirable que tanto ha influido en los destinos del mundo, en la existencia de los Reyes... Vertí la dosis atemperada, la que no mata instantáneamente—y por eso la Reina aún tuvo tiempo de decir á sus médicos: «No defiendan mi vida, que no vale la pena...»—Porque la Reina vivió triste, triste, sin amor, sin juventud...

—¡La hoguera!—repitió Resende—¡La hoguera, y las cenizas al viento!

—¡Lo que queráis...! ¡No impediréis que esto haya sucedido como lo oís...! ¡Ni impediréis que esté hechizado el Rey Carlos II; que se hayan secado en él las fuentes de la vida, incapacitándole para transmitirla! La nueva Reina no parirá; el reino será devastado por reñida y larga guerra; la sangre y el llanto correrán á mares; las llamas del incendio subirán al cielo, y todo eso será mi obra, la obra de este hombre cuya carne habéis rasgado, cuyos miembros habéis descoyuntado, pero sobre cuya esencia no tenéis poder!

## XVI

Miráronse los dos inquisidores con inmenso desconsuelo.—El réprobo decía verdad.—Bajaron las cabezas consternados, y dejando á la víctima exhausta por el esfuerzo que acababa de hacer, salieron á deliberar en la sala ahumada y lóbrega que precede á la cámara del tormento.

—Buscaremos la leña más verde de Toroños para la quema—fué cuanto se le ocurrió al Maestrescuela, que, como al fin era hombre, añadió una ristra de los ternos de entonces—por vidas, pesias y reniegos.

—¡Don Tomás, eso es imposible! ¡No podemos sacar á quemar ni á morir en la horca á este hombre!—contestó después de un momento de hosco silencio el franciscano.

—¿Es que no lo tiene merecido? ¿Es que también de éste será capaz su paternidad de sentir compasión?

—¡No hay tal!—estalló fray Diego, espantado y tembloroso, enjugándose el sudor frío que le corría por la piel con ancho pañuelo de hierbas.—¡No es compasión! ¡Sólo la gran Madre Teresa de Jesús ha compadecido al demonio! Es que tenemos que guardar el silencio y echar tierra, como hicieron en Madrid... Ellos con su conducta nos dan la norma... La muerte de la Reina María Luisa, á quien Dios haya, no ha sido vengada por el Rey Carlos: se ha permitido que la envenenadora pasase la frontera y se pusiese fuera del alcance de toda persecución. Y en Roma me ha dicho nuestro padre Prepósito, que tampoco el Rey Luis de Francia quiso encarcelar á las encumbradas señoras y Princesas de la sangre que terciaban en las brujerías y venenos, y sobre cuyo cuerpo se dijo la misa de Satanás... ¡Ah, señor Maestrescuela de mi alma! ¡Ojalá se pudieran enterrar tales abominaciones á siete estados bajo tierra, para que nunca se sospechasen!

—Razón lleva su paternidad, y convencido me ha—contestó francamente el canónigo.—Son secretos de Estado; el vulgo no debe ni olfatear siquiera... ¡Tierra, sí, que la tierra todo lo cubre, y á ella van los muertos con la carga de sus pecados... para que Dios se encargue allí del condigno castigo!

—Así será... El brujo no volverá á salir de entre estas paredes. A su mazmorra, incomuni-

cado; la comida por el ventanillo... Sólo en el caso de que pida confesión...

—¡Confesión él!

—¿Quién sabe?... Resende, de la misericordia divina no hay que desconfiar nunca...

Hízose puntualmente como habían determinado los Inquisidores. Con absoluto sigilo fué vuelto á sepultar el caballero Justino Rolando en la prisión casi subterránea que aun puede usted ver, si mañana tiene curiosidad de enterarse de este detalle de la historia. La puerta, defendida y resguardada con barras de hierro, cerrojos y candados, no volvió á abrirse. Los otros brujos, presos en el sábado de la fuente de los Angeles, salieron libres, con verdugones y cardenales de la azotaina; y cuando la gente de Estela susurró algo de la suerte de aquel italiano protegido de los Condes de Landoira, otros susurros, hábilmente esparcidos al aire, contestaron que, después de sufrir el tormento para que declarase las artes mágicas de que se servía á fin de buscar la famosa alquimia del oro, había muerto en las cárceles, á consecuencia de un repentino mal de corazón.

Sólo una persona adivinó que Rolando vivía.—Las señoras de Landoira habían regresado á la ciudad, y todas las mañanas, envuelta en el negro y amplio manto de la época, una mujer esperaba á fray Diego en el atrio del convento de San Francisco, edificado en la hondonada que un tiempo se llamó con el tétrico nombre de *Valdeinfierno*. Cuando el franciscano salía, la señorita de Landoira le asía por la manga.

—¿Dónde lo tienes? ¿Dónde lo guardas?

Pasado un año, mejoró al parecer el estado moral y mental de Columba, y creyó fray Diego que podría intentarse restaurar aquel pobre espíritu, abrir las puertas de su alma al arrepentimiento y á la reconciliación con el cielo. Ayudábale en el intento doña Juana, repuesta de los efectos del bebedizo y sinceramente arrepentida, porque era de las que sólo pecan con los sentidos, y no con el espíritu rebelde. Desde la exhortación al exorcismo, todo lo probó el franciscano. Nada sirvió. Columba sonreía con altivez y rechazaba consejos, amenazas y consuelos igualmente.

—Ahora ya sé dondó está. No me importa que me lo escondan—repetía, cuando el fraile la amonestaba—. Está en mí. Le veo en el altar, cuando voy á la Santa Enseñanza, y también de noche, siempre á mi lado, siempre al lado izquierdo. Me habla, le respondo; me dice que nos reuniremos pronto, y á esta promesa siento una felicidad que me arroba y me enajena de mí misma. Aquí le llevo. Nadie conseguirá apartarme de él...

Con terquedad mansa lo repetía á cada hora. En vano fray Diego trajo al Marqués de Armariz al Palacio de los Condes; Columba le recibió mansa y apacible como siempre, pero dijérase que sus ojos abismados no le veían.

Ya desesperado, no sabiendo qué hacer para curar el alma de la hija de los Condes, dió el franciscano en figurarse que lo que sostenía el hechizo que la tenía cautiva podría ser la mal-

dita efigie que se retorció á los pies de San Miguel en la iglesia de la Santa Enseñanza, única que frecuentaba Colomba diariamente. Una conversación con la Abadesa fué suficiente para que Fray Diego lograra su propósito: la efigie bajó del altar, las monjas la confiaron á un escultor, para que reemplazase con una cabeza de dragón, endriago ó sierpe aquella terrible cabeza humana, de cambiantes ojos. La antigua testa fué enviada al convento de San Francisco, y fray Diego, sobre las losas del claustro de arcos ojivales, cerca de la fuentecilla que manaba allí como un raudal de lágrimas de contrición, hizo una hoguera, á la cual arrojó la cabeza condenada, la del gesto de orgullo, desprecio y melancolía infinita. Las llamas prendieron en la madera seca y la consumieron veloces, haciendo estallar los ojos de vidrio, cuya mirada enardecían con vislumbres fosfóricas los rayos del sol poniente. Al no quedar de la efigie sino cenizas, respiró mejor el fraile, dando por seguro que el maleficio estaba deshecho.

Por la tarde vinieron á avisarle de que se había puesto gravemente enferma la señorita de Landoira.

Siete largos días pasó á su cabecera fray Diego, agotando, inútilmente, los ruegos y hasta el llanto, para que la niña muriese como mueren los santos y los ángeles, que tienen la misma forma exterior en que estaba euvuelto aquel espíritu nacido y criado para la bienaventuranza... Fué imposible. Las palabras del brujo volvían á la memoria del franciscano: «¡Es mía,

me pertenece y no conseguiréis quitármela!» Columba se extinguía en una especie de éxtasis... el éxtasis quietista, el éxtasis de tantos heréticos y heréticas, alumbrados y poseídos como entonces pulularon en España, en Francia, en Portugal. ¡Remedo espantoso de la beatituda mueca del eterno jimio que imita porque no he creado, y en el hornillo de la magia contrahac, el verbo vivo y fecundo de la divinidad!

Salía el fraile del aposento de Columba abrumado de aflicción ante la impenitencia final de la que ya había partido Dios sabe hacia qué comarcas misteriosas, mientras sus despojos quedaban allí rígidos, cubiertos con blanca sábana—, y bajaba la escalera del palacio de Landoira, cuando el carcelero de la Inquisición, que subía, le detuvo y pidió ser escuchado un instante.

—El preso ha fallecido. ¿Qué hago con su cadáver?—preguntó.

—Lo sepultarás tú solo, sin que nadie lo sepa, de noche, en el camposanto... no, fuera de él... debajo del ciprés... sin señalar con cruz...

—¿Y sus ropas?

—Quémalas.

El médico de la Condesa de Landoira, que asistió á doña Columba en su enfermedad de consunción, testificó que tenía una señal roja, indeleble, al lado izquierdo del pecho, y que había muerto virgen.

—Y no escriba usted palabra de todo esto—suplicó el arqueólogo—, mientras yo no publique mi libro, que, ya usted no lo ignora, arrojará luz sobre un enigma...



## CADA UNO...

### I

VISITANDO la biblioteca y capilla de un establecimiento de enseñanza, fundado por la Orden religiosa más combatida de los tiempos modernos, me llamó la atención el aire de gran cortesía mundana que conservaba, bajo la estrecha sotana negra, el sacerdote constituido en *cicerone* mío. El hábito es como el uniforme; desde lejos iguala, pero visto de cerca, tal vez hace resaltar más de bulto las diversidades personales, la infinita variedad individual.

Sobre aviso ya, miraba al sacerdote y se iniciaba en mí el proceso de reconstitución de una fisonomía que hemos conocido mucho en otro tiempo, y que ha cambiado hasta el extremo de